

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

ERRORES Y ABERRACIONES

San Agustín argumentó que no podía haber habitantes en las antípodas porque estarían perpetuamente de cabeza. Alegó también que ahí la lluvia no podría caer al suelo, sino que se elevaría de las nubes para arriba, hacia los cielos. Curioso espectáculo. Esto es simple error.

Otro argumento para negar la posibilidad de *antípodas*, que así los llaman, es que de acuerdo con las Escrituras todos los humanos provienen de Adán y no podrían haber llegado tan lejos, hasta las antípodas. Ciertamente no navegando. No sólo por “la grandeza inmensa del mar Océano”, sino porque, por el parecer de “Gregorio Nazanzeno afirmando como cosa sin duda que pasando el Estrecho de Gibraltar es imposible navegarse el mar”.

Cuando menos, triple error. Pero este pronunciamiento de Sartre, tomado de las entrevistas de *Situaciones, X*, no es propiamente error, sino ya cae en aberración:

—Pienso que nadie ha sabido verdaderamente hacer sinfonías. Es demasiado difícil.

—¿Ni Beethoven?

—Ni Beethoven, aunque en rigor, la *Novena sinfonía* es casi una bella sinfonía.

El error es, digamos, sano, inevitable, y, al modo hegeliano, elemento esencial del acierto: se necesitan errores para llegar a una verdad. Pero la aberración es, digamos, error más desviación ética, error buscado. El razonador fascinante que fue Sastre en *El ser y la nada* aquí se descuida, cree puede decirlo todo, está endiosado y se muestra caprichoso. Por eso lo que opina es aberrante.

Hay errores esforzados, diríamos, heroicos, por ejemplo, cuando los chinos sostuvieron que la Tierra era cuadrada. Creencia ardua de sustentar: ¿cómo puede imaginarse un paisaje que llega al borde del cubo y da vuelta para pasar a la otra cara? Raro, cuando menos. Espectacular y digno de verse. O tal vez los chinos creían algo más sencillo: que la Tierra era, primero, plana, luego, que esa superficie o piel era, en efecto, cuadrada.

El error es a veces más interesante que el acierto. Por ejemplo, cuando Aristóteles sostiene que el pulpo es el único animal que no tiene cerebro. El pulpo justamente del que ahora andan divulgando los naturalistas que es inteligentísimo. ¿Qué llevó a un naturalista del calibre de Aristóteles a pensar eso del pulpo? No sé. No tengo ni idea.

Ahora, la aberración tiene grados, puede ser atroz. Voy a poner dos ejemplos tomados de las cartas de Lope de Vega. Uno menor y tal vez inofensivo, y muy de la época. El otro espantoso e incomprensible. Corren así:

Primero, la abyección que manifies-

ta frente al Duque de Sessa, por ejemplo, cuando se dice perro al firmar así: “que como un lebrél de Irlanda está a sus pies, leal y firme mientras tuviese vida”, o esta barroca declaración: “aventuraría mil vidas por Cabrera, paje de Vucencia, que a estas horas debe ser la cosa más descuidada de Vucencia”. O esta ya grotesca: “Juro como montañés que si mi sangre fuera necesaria a un caballo de Vucencia no dudaría en sacármela toda, y créame que digo verdad.” Y no, no le creemos, no por un caballo real.

Por último, la aberración abominable. Es algo no que Lope hizo o dijo, sino que vio, se trata de un auto de fe inquisitorial: “hoy ha sido el mayor espectáculo de gente que Madrid ha tenido, porque sacaron a tostar al Hermano que hacía el santo. Llevaron delante de él el brasero tres mozos, azotándolos, y un niño que perdigaron en las llamas”. Es decir, que además de quemar vivo (“tostar”, dice Lope) a una persona llamada el Hermano, “que se hacía el santo”, dispusieron a un niño para someterlo a las llamas, o comenzaron de una vez a quemarlo, lo soasaron, que ambas cosas dice el raro verbo “perdigar”. Y el niño, ¿era judío?, ¿por qué puede ser quemado vivo un niño?

Y Lope muy bien interrumpe aquí la carta diciendo: “mas de esto no más; que aún es feo para escrito”. Y dejemos aquí las aberraciones que, es cierto, pueden ser “feas aún para escritas”. —

— HUGO HIRIART

CARTA DESDE CARACAS

EL DICTADOR DIALÉCTICO

Demócrata es aquel que reconoce que un voto marca la diferencia y que el triunfo corresponde a quien más votos tiene. En ese sentido Hugo Chávez, el soñador bolivariano, cumplió con el precepto democrático y aceptó que su pueblo le dijo no al socialismo del siglo XXI.

El pasado 2 de diciembre, 4,5 millones de votantes dijeron no a las reformas que proponían modificar 69 de los 350 artículos de la Constitución de Venezuela. La reforma significaba la eliminación del límite de dos mandatos en el cargo de presidente y la extensión de seis a siete años, y la concesión al gobierno para censurar a los medios en caso de emergencia.

Así, con menos de dos por ciento de diferencia en los sufragios, se puso freno en la ruta hacia una doctrina basada en el concepto bolivariano de unidad latinoamericana, fuerza del pueblo y una economía basada en el cooperativismo.

Desde 1998, Hugo Chávez ha podido vivir y proclamar su destino entre sueños, pero ésta es la primera vez que sus errores, improvisaciones, falta de seriedad y determinismo populista lo han puesto, sin remedio, frente a la posibilidad de un amargo fin.

Hasta ahora Estados Unidos no ha podido, o no ha querido, acabar con la utópica Revolución Bolivariana. Tampoco las protestas de los opositores o las denuncias internacionales de los medios de comunicación. A Chávez lo están acabando los chavistas.

Si debemos fijar un inicio para este fin es diciembre del 2006. Tras su segunda victoria electoral y ocho años en el poder, el comandante inició la ruta hacia lo que denominó el “socialismo del siglo XXI”, que entre otras medidas implicó la fusión de todas las organizaciones políticas afines a la cruzada contra el “imperialismo estadounidense” a través del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV).



El día del no.

Con estas medidas, Chávez preparó un coctel explosivo, al que podemos añadir sus constantes tropiezos en la arena internacional, siendo uno de los más notorios las doce semanas de mediación entre las FARC y el gobierno de Colombia. Ahora, el caudillo debe contemplar cómo su amiga Cristina Fernández de Kirchner acepta, por encargo del presidente Sarkozy, la misma misión y la posibilidad de que Felipe Calderón Hinojosa también intervenga.

El 11 de abril del 2002, cuando un golpe de Estado lo alejó del poder durante 48 horas, el comandante fue sorprendido a tal punto que aceptó abandonar el Palacio de Miraflores a cambio de un avión que lo trasladara, junto con su familia, a Cuba.

De haberle cumplido esta petición, los golpistas hubieran terminado con la carrera política de Chávez, pero la casualidad y los errores hicieron que la historia volviera atrás y el niño de Barinas resurgiera más fuerte que los militares golpistas, los oligarcas, el Opus Dei e incluso el monstruo imperialista norteamericano.

En aquel momento, el ahora ex ministro de Defensa Raúl Isaías Baduel —amigo personal y compañero de estu-

dios en la década de 1970— fue clave para el fracaso golpista; mediante la operación “Restitución de la Dignidad Nacional” logró que Chávez volviera.

A partir de ahí, se hubiera podido esperar que Chávez aprendiera el siniestro aspecto sanguinario del oficio de dictador, sin embargo, nadie podrá negar que no ha querido matar, y eso tenemos que agradecerlo.

El comandante es, en todo caso, un dictador dialéctico, un maestro —él mismo hijo de maestros— que quiso enseñar la materia “dignidad” según sus preceptos bolivarianos.

Chávez se autoerigió como el maestro capaz de aleccionar al resto del continente sobre cómo reducir los índices de pobreza con base en programas sociales con financiamiento directo del mayor tesoro venezolano: el petróleo.

Programas como Mercal, que beneficia a cuatro de cada diez venezolanos con alimentos subsidiados, o Misión Robinson, que ha alfabetizado a 1,5 millones de personas logrando que en 2005 Venezuela fuera declarada “Territorio Libre de Analfabetismo” por la UNESCO, se han convertido en una punta de lanza para su revolución.

Chávez quiso y consiguió, en cierto sentido, reacomodar la brecha cada vez

más profunda entre los marginados y ese río convertido en una especie de maldición nacional llamado petróleo.

Pero sus enseñanzas fracasaron. El voto de rechazo hacia su tentativa de permanencia ilimitada en el poder fue su nota reprobatoria en la materia de definición histórica.

Lo anterior se podía prever desde un mes antes, cuando, en noviembre, su ex compañero de armas y aventuras, Raúl Isaías Baduel –socialista él mismo–, señaló en voz alta: socialismo sí, pero ¿hacia dónde? Baduel hizo entonces un llamado a los venezolanos para no dejar “que les quiten poder de manera fraudulenta”, e instó a estudiar las reformas constitucionales detenidamente, ganándose de inmediato el apelativo chavista de “traidor”.

La ruptura con Baduel evidenció no solamente el error y fracaso de la jornada del 2 de diciembre, sino que significó el freno de la Historia sobre el avance del “socialismo bolivariano” en la vida de Venezuela.

Baduel no estaba de acuerdo con la escalada hacia ningún lugar de Chávez, y al expresarlo, se desligaba no sólo del compañero, sino de un rumbo de país; marcó distancia de una dialéctica atropellada y de un gobierno que no ha logrado concretar el desarrollo que Venezuela pide a gritos.

Si bien las políticas del socialismo chavista lograron reducir dieciocho puntos porcentuales su tasa de pobreza del 2002 al 2006, según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), es innegable que Chávez ha enseñado a su pueblo a esperar los beneficios de los programas sociales pagados con el petrodinero, pero no ha conseguido ponerlo a trabajar.

Él mismo lo reconoció, luego de aceptar la derrota: “El que venga a decirme que no fue a votar porque no le llegó la beca a tiempo, porque su hija no consiguió cupo en la Universidad Bolivariana... yo prefiero que se pase para la oposición. Prefiero y quiero verdaderos revolucionarios, y no revolucionarios de pacotilla, que seamos capaces de abandonar nuestros intereses particulares.”

Pero ése no fue el factor absoluto de la derrota. Los que se atrevieron a salir a la calle, concretando el adiós definitivo a un gobierno que no funciona, fueron las nuevas generaciones, las que han quedado sin más destino que la migración: el número de venezolanos que viven en España, por ejemplo, ha pasado de seis mil a treinta mil de 1998 a la fecha.

Los jóvenes tomaron la calle, los líderes estudiantiles consiguieron movilizar a un pueblo que, entre chavistas y antichavistas, reconoció la falta de claridad respecto de hacia dónde lo quería llevar un presidente cada vez más locuaz.

Pero no nos equivoquemos, el resultado del referéndum no solamente fue contra Chávez, sino también contra la incapacidad política heredada de la IV República, que de 1830 a 1999 permitió y cultivó una pernicioso convivencia entre democracia, corrupción y el bipartidismo político (adecos y copeyanos).

El adiós de los jóvenes significa el despertar de una sociedad que quiere algo más, y en ese algo más hay que descubrir también las razones de un fracaso histórico.

Se acerca el 2009, y con ello el fin de la era Bush. Cuando George hijo deje la cabeza del gobierno de Estados Unidos, Chávez ya no tendrá sentido. No debemos olvidar que es debido al fracaso de una clase política, y al descuido de Bush –que se olvidó de América en pos de una frenética persecución terrorista–, que el fenómeno Chávez pudo alcanzar las proporciones que hoy vemos.

Hoy el presidente venezolano enfrenta el desafío de la trascendencia: luego de haber tenido todas las oportunidades de cambiar la Historia, ¿resultó ser sólo un demagogo irresponsable, que simplemente tiró por la ventana las oportunidades que le dio su pueblo? Un maestro que no logró enseñar porque no aprendió las lecciones de la Historia y no tuvo las herramientas dialécticas necesarias para administrar los recursos de los venezolanos. –

– ANTONIO NAVALÓN



Foto: © Henri Cartier-Bresson

FOTOGRAFÍA MODOS DE ENVEJECER

Como que no había razones para rejuvenecer.
M. Shólojov en *Sangre extraña*

1969, París.

Una anciana elegante y tierna mantiene en alto *Le Figaro* en la Brasserie Lipp de St.-Germain-des-Prés pero no lo lee. Dos mesas más acá, una muchacha de esbelta figura y cortísimo vestido se concentra impertérrita en el suyo. La dama mira con escrutinio a su joven vecina. La reconoce atractiva, con seguridad le parecerá una revoltosa más, acaso la juzgue y reprobe, incluso podría envidiarla. Una ceja hostil la delata..., y Henri Cartier-Bresson estuvo allí para capturar el instante preciso.

Si la viejecita de la Brasserie Lipp conociera Sun City, habría sido –supongo– menos severa. Delbert E. Webb (1899-1974), un magnate californiano, copropietario de los Yankees, materializó esta utopía cuyo nombre recuerda aquella otra propuesta por Tommaso Campanella. Webb inauguró el complejo residencial el primer día de 1960 a las

afueras de Phoenix con tanto éxito que poco después mereció un reportaje de portada en *Time*. Sun City es el auténtico paraíso (artificial) de los *snowbirds*, como se llama en Norteamérica a las personas mayores, generalmente pensionados, que huyen en los inviernos hacia el sur. Esta red de ciudades sol serpea por los estados del sur: California, Arizona, Nevada, Tejas, Florida, Carolina del Sur... Tan sólo en las localidades desarrolladas en Arizona habitan más de cuarenta mil personas.

En la inigualable Sun City todo sucede excepto el tiempo. Hoy día ha devenido, para efectos prácticos, en una marca comercial exclusiva para los mayores de 55 años –la media de edad está arriba de los 73 años–. Mudarse allí (no hay cabida para *retirarse*, sólo para *mudarse*) significa algo más que eludir el frío: se escapa a la impiedad de la vejez. Como lo delata su propio nombre, el verano es eterno, y también la juventud. “Aquí no hay tiempo para envejecer”, constata Ria Schwärzel.¹ He ahí su éxito. A diferencia de la parisina pillada por Cartier-Bresson, los ancianos de Sun City no miran con resquemor a los (inexistentes) jóvenes porque, al imitarlos, viven en un eterno fin de semana: campos de golf, bolos, piscinas, talleres para el trabajo artístico y manual, centros de ocio, gimnasios, jardines, teatros y cines, recintos musicales, tiendas... nada falta en esta arcadía solar.

Sin embargo, ante la perspectiva demográfica actual y sus tendencias, que rebasan las estructuras hoy existentes, resulta imperioso imaginar nuevas soluciones. De este lado del Atlántico preocupa la articulación de tres factores: la decreciente tasa de natalidad, la longevidad de las nuevas generaciones y la cada vez más temprana jubilación. Los analistas calculan –por referir el caso alemán– que hacia el 2050 la población mayor de sesenta años se duplicará en el país, para representar a más de cincuenta por ciento del total. Mantener las estructuras aún vigentes

implicaría doblar el personal al cuidado de los ancianos, algo económica y estadísticamente inviable.

La profesora Christa Olbrich (Maguncia, Alemania) sugiere que la solidaridad sería la respuesta adecuada a dicha problemática. Consecuentemente dirige un programa piloto en una comunidad *multigeneracional* donde muchas personas de edades diferentes comparten zonas comunes y se ayudan entre sí. El trato con gente joven ofrece a las personas de más edad la posibilidad de mantenerse activos, de prestar ciertos servicios a otros, en una palabra, de enriquecer a otros con sus años y experiencia. No son pocos los que han encontrado un sentido a cada día. A cambio, alguien cuida de ellos. Los niños, por su parte, aprenden a respetar y valorar a los mayores.

El Foro para la Vida en Común² constata que los ancianos evaden ahora las residencias de retiro y buscan nuevas opciones para continuar integrados en la sociedad. En el transcurso de este año, por ejemplo, ha recibido alrededor de quince mil solicitudes. Dicho foro agrupa no sólo a los interesados en compartir su vida con otros, sino a todos aquellos relacionados por una u otra razón con estos hogares *multigeneracionales* como abogados, arquitectos o constructores. Poco a poco toma cuerpo una pequeña revolución que redefine aspectos legales y técnicos de construcción: rampas para sillas de ruedas y carriolas, supresión de escaleras, espacios generosos, e incluso detalles prolijos como la instalación de picaportes y apagadores a una altura cómoda para todos. Otros complejos más ambiciosos incluyen tiendas, áreas recreativas y consultorios médicos.

También en Estados Unidos comenzaron a multiplicarse a partir de 1990 los hogares *multigeneracionales*. A diferencia de los alemanes, ellos se reúnen ante todo con parientes en diferentes grados sin albergar a desconocidos. Según el último censo, ya cuatro por ciento de los hogares en el país son de este tipo, y el porcentaje aumenta sin pausa.³ Este

fenómeno revierte la tendencia de los ciento cuarenta años anteriores, en los que el número de habitantes de cada casa se encogió siempre.

Nos son desconocidos los sentimientos que habitaban a la anciana de la Brasserie Lipp. Cabe tan sólo conjeturarlos. Sí podemos asegurar, en cambio, que en este nuevo modelo de vida un anciano alemán difícilmente reprobará con la mirada a su vecina, aun cuando vista faldas tan cortas como las octogenarias tenistas de Sun City. –

Berlin, octubre de 2007

– ENRIQUE G DE LA G

POLÍTICA PETROLERA MOROS Y CRISTIANOS

Los cristianos del gobierno de Felipe Calderón piensan que para los próximos quince años la producción de petróleo crudo en México seguirá por encima de los tres millones de barriles al día. Dicen que la declinación de Cantarell, el pilar de la producción de petróleo en México –que en los últimos veinte años ha servido a la república como una especie de beca otorgada por la Divina Providencia–, se compensará principalmente con el aumento en la producción de un campo, Ku-Maloob-Zaap, conocido por sus siglas, KMZ, y otro campo (que no es campo) llamado Chicontepec, cuya larga historia se remonta a 1926, año en que fue descubierto.

KMZ es el sitio de un gran experimento por parte de Pemex Exploración y Producción: la estrategia es tomar producción de crudo extrapesado de ahí y mezclarla con volúmenes de petróleo más ligero de campos aledaños, entre ellos Cantarell mismo. Este caldo de crudos se confeccionará en un barco diseñado para tal efecto, del tipo FPSO (por sus siglas en inglés), que se llama el *Señor del Mar*.

La provincia de Chicontepec es un paleocanal por donde hay una multiplicidad de yacimientos someros y no

¹ Cfr. Nina Rehfeld, “Zum Sterben hat man in Sun City keine Zeit”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung-Feuilleton*, octubre 18, 2007, p. 46.

² Forum Gemeinschaftliches Wohnen e.V. (www.fgwa.de).

³ Cfr. Mireya Navarro, “Families Add 3rd Generation to Households”, *The New York Times*, mayo 25, 2006.

conectados, cada uno en roca difícil, con poco potencial. En teoría, con tanto petróleo in situ (más de cien mil millones de barriles) todo porcentaje de incremento en la recuperación equivale al descubrimiento de un campo gigante. Así, habría varios campos gigantes equivalentes por descubrir.

También se agregaría la producción de petróleo de otros campos de talla comercial que están por descubrirse. Según la fuente citada, “a partir de 2014 iniciarían su producción los proyectos de aguas profundas”, por lo que en el período 2014-2022 se espera una producción en promedio de 161,000 b/d.



El fin de Cantarell.

En este mundo de valorizaciones hay poco de que preocuparse desde la óptica de las finanzas públicas. El Gran Barco del Estado seguirá su mismo rumbo hasta el horizonte previsible de 2022.

Por cierto, hay algunos detalles preocupantes: como Pemex señala, mucha de esta producción va a provenir de campos aún no descubiertos o “campos guadalupanos”.

Otro detalle es que cada año la exportación neta de petróleo está bajando debido a los incrementos impresionantes de las importaciones de productos refinados. Peor aún, debido a una saturación de la infraestructura portuaria y de ductos, cada día Pemex tiene que contratar más

pipas para llevar el producto a los consumidores, con un costo entre siete y nueve veces superior al de un ducto. Como ha notado el director general de la paraestatal, sería prudente revisar el marco legal actual que prohíbe la inversión en ductos por parte de particulares.

A los moros no nos interesan tanto los volúmenes pronosticados. Nos interesa el marco legal, institucional y comercial en que van a ser descubiertos y por ende producidos. Pensamos que el gobierno debe promover un marco inspirado en el modelo juridicocomercial del Mar de Norte. El modelo es polifacético ya que incorpora la participación de múltiples instancias, gubernamentales y comerciales, en acuerdos multinacionales entre los gobiernos que cuentan con yacimientos petrolíferos en el mar (Gran Bretaña, Noruega, Dinamarca y los Países Bajos).

Desde hace años están establecidas las reglas del juego en las ramas fiscales, comerciales, medioambientales y de regulación. Las reglas permiten el desarrollo integral de un campo —que podría ser de tipo transfronterizo— por parte de una petrolera operada con el apoyo financiero y técnico de socios.

Este marco ya existe en el Golfo de México en el lado de Estados Unidos. Los vecinos sí cuentan con una institución reguladora (la MMS) y con un marco comercial que promueve tanto la cooperación como la competencia entre las petroleras. En efecto, están operando allá petroleras de varios países, entre otros de Brasil y Noruega. Lo que les hace falta es un acuerdo trilateral con sus homólogos de México y Cuba.

Imponer un modelo de políticas públicas de este tipo (con su “tropicalización”) va a requerir, primero, un enfoque más allá de las preocupaciones eternas que hemos etiquetado de “pemexcéntricas”. Va a requerir un compromiso fuerte y una estrategia de relaciones públicas para convenir a la sociedad civil y a las cúpulas

laborales y empresariales de que tal acercamiento es el más conveniente para el país.

Sería el compromiso de más de un sexenio. Pero, con el modelo en operación, podría darse el caso de que, con éxito en la exploración, la producción de petróleo anduviera encima, no de tres millones de barriles diarios, sino de cuatro.

La meta no es la sencilla extracción, ni como una finalidad en sí ni como una medida para sanear las finanzas públicas. Las finalidades son tres: la primera es transformar Pemex, una empresa regional, con habilidades y tecnología discutibles, en una con habilidades documentadas de talla internacional; y que cuente con proyectos exitosos fuera de México, y con alianzas —llámeselas “estratégicas” o no— con las empresas que son líderes mundiales.

Quiérase o no, va a requerir la bur-satilización simbólica de una parte de sus activos, bajo la premisa de que el Estado siempre seguirá siendo el accionista mayoritario.

La segunda es incrementar exponencialmente el engranaje de estas actividades con la economía mexicana. Pregúnteseles a los noruegos sobre el significado profundo de lo que podría ser un engranaje no cosmético. O sólo contéplese el número de empresas noruegas que tienen contratos con Pemex (incluido el arrendamiento del ya mencionado FPSO) y que están operando en México; y luego averíguese cuántas empresas mexicanas brindan servicios en el Mar del Norte. Así se encontrará, por un lado, la cara del engranaje y, por otro, su carencia.

Tercero, el marco propicia la transparencia y la rendición de cuentas (un tema tan importante que merece otro artículo).

Así que, no es que los moros discrepemos con los cristianos: nos preocupa todo lo que *no* se está discutiendo con relación al futuro del sector petrolero mexicano. —

— GEORGE BAKER

POLÍTICA

DE NUEVO: EL CAUDILLISMO

Hay que levantar la nariz y aspirar el perfume (o la hediondez) de los tiempos. Al husmear el ambiente político en América Latina se notará que una nueva pestilencia nos recorre. Aquí todo se da por oleadas, por modas que se contagian: juntas militares, partidos únicos o intentos democráticos. La nueva epidemia es una enfermedad cíclica que ya habíamos vivido en los pasados siglos, y que podría llamarse el virus de los “grandes hombres” que, mediante piruetas constitucionales, se convierten en presidentes vitalicios. Contra esa peste se inventó hace mucho la vacuna de una consigna que se coreaba por toda la América hispana: “¡Sufragio efectivo, no reelección!” Pero ha pasado el tiempo y ésa ya es una lección olvidada de la historia. La acromegalia presidencial ha vuelto a América, tal vez con las felices excepciones de México y Chile.

Ahora los áulicos de los distintos mandatarios suramericanos, sin importar su ideología, desde Argentina hasta Colombia, pasando por Brasil, Bolivia, Venezuela y Ecuador, adulan a sus ídolos y los bautizan salvadores de la Patria, hombres imprescindibles, inteligencias superiores enviadas por la Providencia para iluminarnos, y en últimas nos embarcan, en todos estos países, en peligrosos y simultáneos proyectos que huelen a monarquía. A sus cortesanos esto les resulta útil pues son ellos, incluso más que el monarca, quienes se apropian de la cosa pública y la usan para su conveniencia. Los mismos áulicos saben que ellos, sin el “hombre fuerte”, volverían a ser lo que son: figuras insignificantes.

Digo proyectos monárquicos, así no se sugiera la creación de una casta hereditaria de gobernantes, porque monarquía quiere decir, como es sabido, el monogobierno, el gobierno

del Uno, del Único, del Elegido. Pero en vez de monarca, si lo prefieren, al nuevo Ungido lo podemos llamar, según una tradición más nuestra, el Caudillo Vitalicio.

Es esto lo que el contagio regional les intenta imponer a unos ciudadanos embrutecidos por la propaganda y ablandados por un ciclo económico mundial que por un instante ha hecho levantar cabeza a nuestros países. ¿Cuál es el motivo de esta mejoría, sobre todo si se la contrasta con la penuria de ayer? No se la atribuye a los buenos precios del petróleo ni del carbón ni del café o el níquel, ni a la coyuntura del excedente de capitales del primer mundo que vienen a invertirse por estos lados. El motivo de la bonanza es que en cada país nos ha llegado un Mesías, un Salvador, y por lo tanto hay que perpetuarlo en el poder. Así Kirchner (o su consorte, que es lo mismo), así Evo Morales, Chávez, Correa... Y así mismo el presidente Uribe que, después de rechazar (hace unos meses) “in límine” la propuesta de *trielección*, ahora la admite siempre y cuando sea para-salvar-a-la-Patria-de-una-hecatombe. Y para lograrlo se hará la reforma –vía referendo– de un “artículo” de la Constitución.

Nuestra incultura política, nuestra supersticiosa creencia en las soluciones providenciales, mágicas, nos impide ver que para contar con democracias sólidas y funcionales es imprescindible respetar la superioridad de las leyes sobre los gobernantes, e incluso por encima de los “hombres virtuosos”. Es la obnubilación que produce el poder, y la adulación permanente de las camarillas íntimas, la que lleva a crear a todos estos caudillos que ellos están por encima de las leyes y que pueden hacer reformas constitucionales con nombre propio. Si en las encuestas registran buenos índices de aprobación, su vanidad se vuelve arrogancia, y ésta los vuelve ciegos a toda opinión contraria. Y para perpetuarse, simplemente, cambian la Constitución a su amaño.

El antiguo debate griego, donde se enfrentaban los partidarios de una visión del gobierno fundado en la voluntad de los mejores hombres y los partidarios de una visión del gobierno basado en las mejores leyes, se revive hoy en Suramérica. La historia de los últimos siglos nos enseña que el gobierno de los mejores hombres ha sido un fracaso y que es la creación de instituciones sólidas, la madurez política de los ciudadanos, y no el culto a la personalidad, lo que conduce a países más justos y menos inciviles. No es conveniente que el “pueblo ignorante” delegue el poder en el “hombre sabio”, pues el caudillo acaba gobernando a favor de una camarilla restringida.



Gemelos enemigos.

Pero los que nos oponemos a esta nueva (y recurrente) enfermedad latinoamericana parecemos locos clamando en el desierto. Si exponemos en Venezuela la teoría de la superioridad de las leyes y las instituciones sobre los “hombres sabios”, les parece bien, pero no para aplicársela a Chávez, sino a Uribe. Y si lo decimos en Colombia, la teoría les parece muy sana para Chávez, pero Uribe se salva de la regla. Nos volveremos a hundir en estos pantanos con presidentes dementes que se creen, cada uno, un nuevo Napoleoncito. Al mismo Bolívar le dio la misma enfermedad. La infección y el contagio ya empezaron y no sabemos cómo ni cuándo nos vamos a curar. —

— HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

LITERATURA

CLARICE LISPECTOR:
MARGINAL Y CENTRAL

Clarice Lispector, al centro, por favor: “Ya sé qué es lo que se llama verdadera novela. Sin embargo, al leerla, con sus tramas de hechos y descripciones, sólo me aburre. Y no escribo la clásica novela. Sin embargo es novela realmente. Sólo que lo que me guía al escribirla es siempre un sentido de búsqueda y descubrimiento.” Al margen, Robert Graves anota que no existe sino una historia en la literatura, y nada más que una: la búsqueda. La búsqueda y la obra de Clarice Lispector comprenden novelas como *La pasión según G.H.* (1964), *Aprendizaje o El libro de los placeres* (1969), *Cerca del corazón salvaje* (1944), su primera novela, y *La hora de la estrella* (1977), última novela que publicó en vida. Clarice Lispector murió en Río de Janeiro en diciembre de 1977. A treinta años de su muerte, cabe revisar el margen de su obra, los textos que publicó en el *Jornal do Brasil* de 1967 a 1973. Revisar el margen de su obra porque allí revisa su centro, su obra y su vida.

Clarice Lispector nació en Tchetchelnik, Ucrania, a principios de los años veinte. “Hay tres cosas por las que he nacido y por las que doy mi vida. Nací para amar a los demás, nací para escribir, y nací para criar a mis hijos”, publicó en el *Jornal do Brasil* en mayo de 1968. De ascendencia rusa y judía, llegó a Brasil con sus padres a los dos meses. “Tengo una alegría: pertenezco, por ejemplo, a mi país, y como millones de otras personas pertenezco tanto a él que soy brasileña.” Cuando era niña murió su madre, vivió en Recife con su padre y con su hermana. Estudió

derecho en 1939 y pronto se casó con Maury Gurgel. Tuvo dos hijos, Paulo y Pedro. Clarice Lispector, hay que decir, era guapa. “*El mayor piropo que he recibido*: Estaba en Nápoles andando por la calle con mi marido. Y un hombre dijo en alto a otro, quería que yo lo oyese: ‘Con mujeres como ésta contamos para reconstruir Italia.’” Y, digamos, estas minucias biográficas importan porque son protagónicas en la columna que mantuvo seis años, pocos antes de morir. Semanalmente expuso al lector —su columna y un psicólogo eran uno mismo— los pormenores de su vida diaria. “He mandado reparar mi máquina de escribir. Enrollado en el rodillo (o



Clarice Lispector

como quiera que se llame eso que ustedes saben) todavía estaba en el papel donde el técnico había escrito para probar si ya funcionaba bien. En el papel estaba escrito: sdfgklkjaev que Dios sea alabado poy3c.” Los detalles de sus días, las conversaciones por teléfono con sus amigas, las conversaciones con los taxistas, las preocupaciones de sus hijos, la crónica de sus insomnios, lo que está al margen de su obra es el centro en su columna. Expuso en el periódico lo que hacía diario y, del mismo modo y no con menos pudor, volvía una y otra vez a su obra publicada o en proceso de creación. “Lo que yo quiero contar es tan delicado como la propia vida. Y quisiera poder usar la delicadeza que también hay en mí junto con la rudeza de campesina que es lo que me salva.”

Clarice Lispector, desde el margen de su obra, llegó al centro de su narrativa. Y, bien cabe decirlo, releendo los textos que publicó en el periódico, algo sobresale. Sobresale que se revela una autora precisamente marginal. Pero, a ver, vamos a ver. Sólo por esta ocasión, Deleuze y Guattari: “Una literatura menor no es la literatura de

un idioma menor, sino la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor.” Pensemos los dobles de su marginalidad, la minoría a la que Clarice Lispector pertenecía. Ucraniana y judía en Brasil, escribiendo en el idioma originalmente de Fernando Pessoa. Una mujer que escribió su obra en el portugués de Brasil. Y que, a la postre, usó ese idioma para narrar en un periódico los detalles de su vida. Es una suma fácil. ¿Puede pensarse en margen más extremo? Pues bien, desde allí, Lispector peleó. Peleó, escribió una vasta obra. Y, no sólo eso, la obra de Clarice Lispector es sencillamente central.

Pero, por favor, Clarice Lispector, al margen. Borges, en una de sus conferencias pronunciadas en Harvard durante el otoño de 1967, dijo: “No creo que los hombres se cansen nunca de oír y contar historias. Y si junto al placer de oír historias conservamos el placer adicional de la dignidad del verso, entonces algo grande habrá sucedido.” Mientras Borges pronunciaba estas palabras que bien se aplican a los libros de Lispector, curiosamente, en el otoño de 1967 se incendió un departamento en Brasil. Ese departamento, el de Clarice Lispector, se incendió. Se quedó dormida con un cigarro prendido, al despertar trató de apagar las llamas con la mano y, como sospechamos, se quemó. “Cuando me sacaron los puntos de entre los dedos de la mano operada, grité. Solté gritos de dolor, y de cólera, porque el dolor parece una ofensa a nuestra integridad física. Pero no fui tonta. Aproveché el dolor y grité por el pasado y por el presente. Hasta por el futuro grité, Dios mío.” Y, tal vez, del mismo modo la autora aprovechó su idioma para hacerlo gritar. Y vaya que lo hizo gritar hasta en los detalles de su día a día. Clarice Lispector pasa al centro para evitarnos un grito aquí: “Tuve un sueño tan fuerte que durante unos minutos creí en él como en una realidad. Soñé que aquel día era Año Nuevo. Y cuando abrí los ojos llegué a decir: ¡Feliz Año Nuevo!” —

— BRENDA LOZANO